

Unas palabras previas

ÁLVARO RUIZ DE LA PEÑA SOLAR

Director del Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII

Los días 4, 5 y 6 de mayo de 2011 constituyeron un día grande en la conmemoración del bicentenario de Jovellanos. Veníamos de inaugurar la exposición *La luz de Jovellanos* apenas unos días antes, el 15 de abril, abierta a la curiosidad de la gente que quería conocer de cerca el relato de su vida y de su obra. Después, en los días citados, nos dispusimos a iniciar la variante académica de ese conocimiento, a través del trabajo de investigación y estudio que distingue, junto con la docencia, los dos quehaceres básicos de la vida universitaria. De esa forma, fuimos testigos y protagonistas del Primer Congreso Internacional Jovellanos, 1811-2011, que convocó el esfuerzo conjunto de todos los que se sienten atraídos por la personalidad inagotable de aquel gran educador, del primero, entre los primeros, que reveló las claves para modificar la situación de anemia estructural de la sociedad española de su tiempo.

El Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII, volcado desde la ya lejana fecha de 1984 en la edición de las obras completas del sabio gijonés, iniciadas por su primer director, José Miguel Caso González, no podía dejar de lado la responsabilidad de organizar este congreso en el mismo año 2011 en que espera ver cómo van construyéndose los remates finales de esa ingente tarea editorial. Ha sido para nuestro Instituto un año de trabajo que cierra un largo periodo de preparación del bicentenario: la exposición, su rico y denso catálogo y su versión virtual, que la acompañarán como notarios futuros de su realización, la culminación de las obras completas y el congreso internacional cuyos frutos tenemos la satisfacción ahora de presentar ante los lectores. Y, además, los ciclos de conferencias programados con su asesoramiento en el Ateneo Jovellanos y el Instituto de Estudios Asturianos, y el habitual curso de verano que se organiza en Gijón. En el Instituto Feijoo de Estudios del Siglo XVIII pusimos a funcionar la máquina del bicentenario y todos, desde los administrativos y becarios hasta el equipo constituido por los miembros investigadores, entregaron su esfuerzo con el único objetivo de cumplir con una responsabilidad académica que no podíamos en modo alguno soslayar.

Escribía Francisco Ayala en un homenaje promovido por el Centro Asturiano de Buenos Aires, en 1944, con motivo del bicentenario del nacimiento de Jovellanos, que:

Estudiar una figura histórica no es tarea que se agote en investigar sus hechos y conexiones, apurando los documentos que los registran o permiten conjeturarlos. Hay algo más; algo a lo que ya no puede llamárselo tarea, si se habla con propiedad, pero que incorpora y organiza los resultados del trabajo, haciéndolo fecundo, y es el momento de la pura intuición, que nos entrega de un golpe la individualidad del hombre, y nos hace conocerlo en un movimiento que parte de nosotros, del fondo de nuestra alma, y entabla contacto con la suya, a través de los signos que ha dejado impresos en los documentos. Sin eso no podemos decir que lo conocemos, como tampoco conocemos a una persona viva porque estemos puntualmente informados de sus actos, de sus opiniones, porque veamos incluso su apariencia física, sus movimientos y gestos, si —además— no entendemos todos estos datos como expresiones de su alma, que, por lo demás, podemos captar, a falta de tan completa información, de un modo indecible, pero no menos seguro, en un ademán fugaz, en la voz o en una mirada.

Confieso que si yo no hubiera encontrado la mirada de Jovellanos a través de la balumba de sus escritos y de la suma de sus actos, no estaría en condiciones de interpretar su personalidad.

Me parece que Ayala, en este inteligente texto, se acerca con sutileza y perspicacia a lo que debe ser el gran objetivo de todo investigador que busque acercarse al tuétano del personaje investigado, o que intente profundizar en la variedad de miradas que un periodo determinado de la historia nos ofrece bajo la apariencia de sus contradicciones.

Un repaso al programa de las sesiones congresuales, los temas variadísimos y el entrecruzamiento constante de las líneas de investigación elegidas confirma la riqueza en la diversidad y el rigor en la exploración de los gestos, de los ademanes, de los que habla Ayala; en definitiva, de la mirada múltiple y cómplice que observa al personaje estudiado.

Así, el congreso se organizó sobre una serie de agrupamientos temáticos que dieran precisa medida de la actividad intelectual, diversa y abierta, de Jovellanos a lo largo de su vida. De esta forma, hubo una sección, «Los sucesos de mi vida», que da cuenta de nuevos aspectos biográficos e históricos y también de novedosos acercamientos al yo desde la llamada *historia cultural*; otra, «El magistrado honrado», atiende los requerimientos de su inserción en lo jurídico y en aquellos asuntos vinculados con su dedicación como funcionario de justicia; en la sección «Hacia la felicidad pública» se recogen las sugerencias que su dedicación a la ciencia económica había legado a la contemporaneidad y al futuro; «Para sentir y pensar», según él decía que era la función de la literatura, acoge estudios sobre la suya; «En el espejo de la historia» analiza la creación y pervivencia de su imagen desde la posterioridad y la recepción de su pensamiento; aquellos temas de difícil encaje en el resto de los grupos temáticos elegidos quedan en el llamado «Cajón de sastre», en un guiño erudito a la prensa de la época.

En todas estas secciones se renuevan los perfiles que de la figura y el pensamiento de Jovellanos se tenían, en tres planos complementarios. Como no puede haber difusión ni interpretación cabal de autores ni épocas sin contar con un depósito razonablemente completo y fiable de textos, la recuperación de obras inéditas y la rehabilitación de muchas ya conocidas sigue siendo tarea de muchos jovellanistas que, en la estela de Julio Somoza y José Miguel Caso González, con el concurso de otros dieciochistas, trabajan a pie de obra en la recuperación de un patrimonio ilustrado. En el plano de la interpretación, y al ritmo que sube la marea de los propios estudios sobre el siglo que fue el suyo, se han afrontado en estos lustros facetas escasa o superficialmente abordadas de Jovellanos: la de censor, filólogo, lector, economista, el decidido interventor en política cultural, el «defensor», como él mismo se dice, del nuevo papel intelectual que algunas ilustradas demandan..., perfiles que complementan la imagen del escritor, el magistrado, el historiador, el educador o el político, más nítidamente definida desde hace tiempo, y que supera las añejas calificaciones del «patricio», del «prócer», del «polígrafo», que tan brevemente fue ministro. Y, por último, se ha afrontado la cuestión del pensamiento y la obra de Jovellanos, que, en un intento de superación del planteamiento historiográfico más transitado, intenta mostrar la polisemia de su figura a lo largo de estos dos siglos.

Me gustaría finalizar con un recuerdo y un agradecimiento. Primero, el recuerdo que merecen tres grandes hispanistas desaparecidos recientemente: François Lopez, René Andioc y Rinaldo Frolidi, amigos fieles del Instituto desde sus primeros tiempos, que con toda seguridad habrían estado hoy aquí con nosotros. Y, en segundo lugar, el agradecimiento a los patrocinadores, que han hecho posible que el trabajo técnico, logístico y científico del Instituto Feijoo encuentre el abrigo lógico de estas actas. En primer lugar, al Ayuntamiento de Gijón, sensibilizado de principio a fin con el bicentenario jovellanista; a Cajastur, por su apoyo a cualquier empresa cultural que persiga la excelencia; a Acción Cultural Española del Gobierno de España, que proporcionó una cobertura de ámbito nacional, y al Principado de Asturias. Y a quienes, jovellanistas o dieciochistas en general, ensanchan con su presencia, desde España, desde Europa y desde el mundo, las fronteras del conocimiento, el entendimiento y la amistad.

Gracias a todos.